

entrada á las proezas debidas á las ilustres matronas castellanas, bien puede asegurarse que son las *Quinquagenas* dignas del mas alto aprecio, hallando en ellas abundante motivo de estudio cuantos se consagren al de la historia de nuestro suelo, ya civil, ya militar, ya religiosa, ora política, ora literaria.

Los códices originales de esta importante y curiosísima obra, escritos de mano del mismo Oviedo, se custodian en la Biblioteca Nacional, signados con la marca Ff. 104, 105 y 106, siendo al parecer los mismos que poseía el duque de Medina de las Torres, cuando don Nicolás Antonio compuso su *Bibliotheca Nova* <sup>29</sup>.

XII. «Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del mar Océano» (1535 y 1557).

Llegamos á dar razon de la obra mas acariciada <sup>30</sup> por Oviedo durante su larga vida y á la cual parecen agruparse todas las que produce su fecundo ingenio, siendo al propio tiempo el principal objeto de las presentes tareas. La *Historia General*, que no conocida del todo, ha bastado á colocar el nombre de su autor entre los historiadores clásicos de Indias <sup>31</sup>, ya que se ha logrado completarla, no solamente merece la estimacion de los doctos, por ser la primera que sobre el Nuevo Mundo se escribe, sino por haberse trazado y llevado á cabo en medio de los mayores contratiempos y en aquellas mismas comarcas que hollaban por vez primera plantas españolas. Bajo este punto de vista será difícil encontrar en la república de las letras otra produccion, que ofrezca mayor interes ni presente mas espontaneidad y frescura. Sorprendido Oviedo por el magnífico espectáculo de aquella poderosa y pintoresca naturaleza, todo excita su curiosidad, todo despierta su entusiasmo, impulsándole á su contemplacion y estudio. Si hubiera nacido poeta, habria cantado á la manera de Ercilla la belleza y templanza de aquel cielo, la casi fabulosa riqueza de aquellas elevadísimas montañas, el curso magestuoso de aquellos anchurosos rios, la furia de aquellos desatados torrentes, la portentosa variedad de aquellos gigantesco árboles y peregrinas plantas, la vistosa copia de aquellas aves matizadas de mil colores, la bravura de aque-

<sup>29</sup> Despues de poner el título, aunque no completo de las *Quinquagenas*, decia: «Cujus exemplar, ut videtur, antiquis conscriptum superioris sæculi characteribus miniarque opere distinctum adservari lego in bibliotheca excellentissimi, dum in vivis esset, ducis Medinæ-Turrium, idque tribus voluminibus divisum (*Bibl. Nova*, tom. I, pág. 355).

<sup>31</sup> Don Martín Fernández Navarrete, *Coleccion de Viajes españoles*, tom. I, intr., pág. 75.

<sup>30</sup> Para prueba de esta observacion bastará advertir que terminadas en 1555 las tres partes que han venido á nuestras manos, pensaba Oviedo añadir una cuarta, para recoger todos los sucesos que iban llegando á sus oidos: «Todo lo que tengo yo

descripto de la *General y Natural historia de las Indias, yslas y Tierra-Firme del mar Océano* lo he dedicado á la Cesárea Real Magestad del Emperador rey, nuestro señor, cuyas son. Digo las tres partes, en que hay cinquenta libros, que se yrán imprimiendo en tanto que yo la quarta escribo, porque es historia corriente mas larga que mi «vida» (*Quinq. I.ª Parte, Proh.*). No queda, pues, duda en que, ya celoso de su obligacion como tal cronista, ya inclinado naturalmente á estas investigaciones, nunca apartó Oviedo la vista de la *Historia de Indias*, empresa en que, aun cargado de años, mostró el mismo teson que en su virilidad habia desplegado.

llos animales que poblaban las selvas, y finalmente las agrestes y singulares costumbres de aquellos hombres, que tan admirable contraste presentaban con los moradores de Europa. Pero Oviedo, á quien no concedió la Providencia ni el *mens divini* ni el *os magna sonaturum*, dotado de un talento de observacion comparable solo á su exquisita diligencia, si no prorumpe en ardorosos cantares, se aplica á la investigacion y detenido exámen de cuantos objetos le rodean, y ya siguiendo el ejemplo de Plinio, ya procediendo de propia autoridad, observa, compara y analiza toda clase de fenómenos, procurando comunicar á sus lectores la mas completa idea de ellos. El Alcaide de Santo Domingo, que no podía someter sus especulaciones á los principios de las ciencias naturales, porque aun en el estado en que estas se encontraban en el siglo XVI, no le era dado alcanzar sus misterios, si no logra establecer una clasificacion severa de los árboles y plantas, de las aves y animales, así terrestres como marinos, de los metales y piedras preciosas que atesoraba el suelo de América, atiende sin embargo á su individual descripcion, señalando menudamente sus formas y perfiles, y apuntando al mismo tiempo las virtudes medicinales de cada planta ó insecto, sin omitir tampoco en esta útil y nueva tarea las calidades nocivas de cuantos objetos menciona.

Y si este tributo paga el Veedor de las fundiciones á la naturaleza, rectificando á menudo los errores de los doctos <sup>32</sup>, no llaman menos su atencion las costumbres de aquellos naturales. Ora revelando sus creencias religiosas y ciegas supersticiones, ora bosquejando sus ceremonias, matrimonios, duelos y funerales, ya apoderándose de sus tradiciones trasmitidas de padres á hijos en sus bailes y poesias, ya pintando sus juegos y diversiones públicas, pretende Oviedo darnos á conocer aquellos pueblos, cuyos muebles, trages, joyas y armas inquiere y estudia prolijamente, sin omitir la descripcion de sus grangerias y mercados, ni menos olvidar las continuas y feroces guerras que entre sí mantenian, en las cuales usaban de toda astucia y crueldad, mostrándose pintados de mil colores para causar mayor espanto á sus enemigos. Ni calla el primer cronista de las Indias las groseras pasiones y abominables vicios de aquellos moradores, anhelando para ser tenido por imparcial y verídico, poner de manifiesto las buenas prendas que en ellos descubre, bien que se muestre á menudo condolido de que los aviesos instintos de la barbarie llegaran á extinguir en sus corazones los generosos afectos y dulzura que parecian ostentar en la infancia. Estudio tan oportuno y aun necesario, cuando se iban á presentar frente á frente dos razas distintas, en diverso grado de cultura, abriendo naturalmente las puertas á la relacion de la conquista, prueba de una manera inequívoca que no desconocia Oviedo las principales condiciones de una historia, destinada á patentizar á Europa cuanto en-

<sup>32</sup> Véase el cap. IV del lib. XV de la I.ª parte y otros varios pasages, en que rectifica las inexactitudes del docto latinista Pedro Mártir de Angleria, cometidas en su libro *De Orbe novo*, respecto de las propiedades de las plantas y árboles que describe. Oviedo hablaba como testigo

de vista: Pedro Mártir, seguía las relaciones de los primeros conquistadores, que ni podian tener la experiencia de quien habia consumido su vida en las Indias, ni se habian dedicado de propósito al estudio de aquella rica y varia naturaleza, como lo hizo el primer cronista.

cerraba en su seno el Nuevo Mundo. Mas ya fuera porque procurase dar á su lectura aquella diversidad, tantas veces por él apetecida, ya porque la misma fatiga é irregularidad con que recibía los datos, le impidiese someterlos á un plan maduro é inalterable; es lo cierto que la crítica de nuestros días, al par que aprecia y agradece tan interesantes inquisiciones, echa de menos cierta cohesión y armonía en la exposición de las costumbres de los indios, no hallando mayor enlace en la narración de los descubrimientos y conquistas, que ni se refieren siempre en orden cronológico, ni guardan entre sí la conveniente relación para que pueda comprenderse sin dificultad su influencia recíproca.

Pero en cambio de esa vaguedad é incertidumbre del plan seguido por Oviedo, lo cual es causa de que se detenga á veces demasiado al dar noticia de los sucesos, mientras pasa otras rápidamente por ellos, no puede menos de llamar la atención el noble afán con que procura, en medio del cúmulo inmenso de informaciones y diarios contradictorios que llegan á sus manos, inquirir la verdad de los hechos, borrando una y mil veces de los libros ya terminados aquellas relaciones que, por sospechosas ó apasionadas, no le inspiraban confianza<sup>33</sup>. Ni podía suceder otra cosa en los primeros momentos de la conquista, en que abultaba la imaginación todos los hechos, y donde quiera fingía el deseo portentoso y maravillas, brindando á capitanes y soldados con una felicidad, que se trocaba con frecuencia en amarga desventura.

Grande era por cierto la empresa de Oviedo, el cual no titubeaba en manifestar que le «faltaría el tiempo é la pluma é las manos é la eloquencia... para concluir una mar tan colmada de historias»; pero ni carecía de la perseverancia verdaderamente heroica que se había menester, para llevarla á cabo, ni se hallaba tampoco desprovisto de aquellas dotes que recomiendan los historiadores á la estimación de los doctos. Doliéndose de que la ciega codicia de los españoles los arrastrara á una perdición segura, reprueba la insensatez de los capitanes que sin pericia ni conocimiento alguno de los países, á donde conducían sus soldados, entraban en porfiada lucha con la misma naturaleza, acabando su miserable vida en medio de la insurrección, y dejando entregados á la desesperación mas horrible

33 Sobre este punto escribía el Alcaide de Santo Domingo: «Una de las cosas que á mi me han dado mas fatiga, buscando informaciones é inquiriendo otras materias, no ha seydo tanta la que siento en escribirlas todas de mi mano, aunque pasan de tres mill pliegos de papel los que he borrado y emendado y reescriplo una é dos é mas veces, quando me han fatigado algunos torpes y otros groseros y otros apasionados y otros verdaderos, entre los quales diversos relatores he andado midiendo é averiguando é atendiendo al verdadero discurso que sigo en las cosas donde soy ausente é constreñido á creer á otros ó á quitarles el crédito por mi estimativa» (*Hist. Gen.*, II.<sup>a</sup> Parte, lib. XIII, cap. 3). En el siguiente libro, cap. 54, añadía: «En verdad paresce que Nuestro Señor permite que mis ojos no se cierran é que al-

cançen mas claridad en la historia que entre manos tengo; pues se me vienen á ellos avisos é inteligencias para polir é perfeccionar algunos passos notables que atrás quedan escriptos, segund fuy informado é que hasta aqui no eran bien entendidos en partes, por haber seydo no perfetos ni atentos considerantes los que me dieron noticia dellos... »Y como solo Dios es el que sabe y puede entender á todos, yo como hombre podria ser engañado ó no tan al proprio informado como conviene; pero oyendo á muchos, voy conociendo en parte algunos errores, é assi voy é yré emendando donde conyenga mejor distinguir lo que estuviere dudoso é desviado de lo derecho. Lo mismo declara en otras muchas partes, ponderando las dificultades é inconvenientes con que luchaba para llevar á cabo tan árdua empresa.

á los que, engañados de sus palabras, osaban seguirlos. Indignado contra los que, sembrando la cizaña entre los españoles, atendían únicamente á su logro, mientras ensangrentaban con bandos y motines el suelo donde apenas habían asentado su dominio, señala la presencia de los legistas y doctores como una de las mayores plagas y calamidades del Nuevo Mundo; condenando al propio tiempo la soltura de aquellos clérigos y religiosos que, olvidados sus votos de castidad y pobreza, escandalizaban con sus vicios y excitaban con su mal ejemplo la codicia y torpeza de la muchedumbre. Animado de un celo verdaderamente evangélico, afea y reprende la dureza de los que maltrataban los indios, truená contra la crueldad de los que por aumentar sus haciendas los fatigaban y consumían, y acusa enérgicamente á los que, faltando á la piedad cristiana é injuriando la humanidad, hacían ostentación de tiranos, ensañándose alevosamente en los indefensos y rendidos. Oviedo, que no podía ser indiferente al entusiasmo que despertaban en los españoles las colosales empresas llevadas diariamente á cabo por un puñado de héroes; que, aun siendo testigo de tantas proezas, se mostraba no pocas veces sorprendido á vista de aquel indomable esfuerzo; y que veía en todas partes el dedo de la Providencia, guiando los estandartes de la cruz, atribuye á justo castigo del cielo los desastres que sobrevienen á los capitanes que llevaban delante de sus banderas el exterminio, y aun admitido el derecho de conquista, vé cumplida la ley de la expiación en cuantos, abusando de las armas, las manchaban por lujo ó las movían por repugnante fiereza.

Tales son los principios á que se ajusta el primer cronista de las Indias en la *Historia general* que examinamos. Pero ni la severidad de sus juicios, ni la dignidad de que á menudo se reviste, anhelando apartar de la conquista del Nuevo Mundo los pocos borrones con que osó manchar la codicia aquellas brillantes páginas de gloria, fueron bastantes á libertarle de las acusaciones de otro historiador coetáneo, cuya manera de enjuiciar conocen ya los lectores. Don fray Bartolomé de las Casas, varón digno por otra parte de respeto, que movido de santo y cristiano celo se había constituido en procurador de las Indias, no solamente le confunde entre los que oprimían y asolaban aquellas comarcas, sino que apurando el diccionario de las injurias, le prodiga los títulos de «infamador, temerario, falso, embaydor, inhumano, hipócrita, ladrón, malvado, blasfemo y mentiroso», declarando su *Historia general* como sospechosa, y llegando al extremo de asegurar que solo había «escrito fuera de aquello del Darién, por relación de marineros ó desoladores». Mas no advertía que aun en la historia de Castilla del Oro por él aprobada, deponía la verdad de los hechos contra tan airada censura<sup>34</sup>. Oviedo escribía como historiador, no como panegirista; y al bosquejar las costumbres de los indios, al mencionar sus sacrificios y ceremonias, al tratar de sus vicios y virtudes, ni le aconsejó su imparcialidad que los absolviese de la nota de antropófagos,

34 Respecto de los sucesos del Darién, bastará recordar solamente cuanto en la II.<sup>a</sup> y III.<sup>a</sup> Parte de este bosquejo llevamos notado: respecto de las acusaciones que lanza el Obispo de Chiapa contra

el primer cronista de las Indias, pueden consultarse los capítulos 23, 141, 142, 143, 144, 145 y 159 del libro III de la *Historia de Indias*, escrita por el mismo las Casas.

ni creyó justo ocultar sus sangrientas idolatrias, ni le pareció tampoco digno el disculparlos del vergonzoso crimen de sodomía por ellos cometido. Pero si consignó en su historia todos estos hechos, no por eso dejó de apiadarse de aquellos hombres, que desposeídos de la luz del Evangelio, habían yacido hasta entonces en tan profunda oscuridad, aspirando á sacarlos de la barbarie que así los rebajaba y envilecía. El obispo de Ciudad Real de Chiapa no escribía como historiador: dominado de un pensamiento noble y humanitario, bien que exagerando su aplicación de una manera inusitada, solo tenía por norte de sus escritos la alabanza de los indios, á quienes ansiaba sacar de la servidumbre, mirando por tanto con honda ojeriza cuanto se oponía á su proyecto <sup>35</sup>.

Mas no era solo esto lo que le exaltaba respecto del Alcaide de Santo Domingo: en 1519 se habían encontrado frente á frente el sacerdote y el soldado en el Real Consejo de Indias: el sacerdote pasó despues á América para realizar el nuevo plan de conquista por él ideado, teniendo la desgracia de llevar al matadero aquellos humildes labradores, entre quienes pensaba repartir las cincuenta cruces rojas otorgadas por el Consejo. El soldado que había predicho aquella catástrofe, escribió despues la historia de tan desventurada expedición, tratando tal vez con excesiva dureza al licenciado, que acogándose al retiro del claustro, procuró ponerse á cubierto de la indignación que había levantado su crédula inexperiencia. Oviedo, que en 1535 tenía ya conocimiento de que el dominico las Casas escribía también sobre la historia de América, mientras le motejaba ásperamente por haber *tomado oficio que no sabía*, le invitaba á que diese á luz sus trabajos, de esta manera: «Dícen que »el (las Casas) escribe por su passatiempo en estas cosas de Indias y en la calidad »de los indios y de los chripstianos que por estas partes andan y viven; y sería »bien que en su tiempo se mostrase, porque los que son testigos de vista lo apro- »bassen ó respondiessen por sí. Dios le dé su gracia para que muy bien lo ha- »ga, etc.» <sup>36</sup>. Algunos años adelante abandonaba las Casas la clausura y volvía á la corte con determinación de reducir á práctica su proyecto: el Alcaide de San-

<sup>35</sup> Las Casas va tan lejos en este empeño, que no titubea en atribuir con creces á los españoles los vicios que Oviedo y todos los historiadores primitivos del Nuevo Mundo señalan en los indios. Hablando de sus mentiras decía: «Y cerea desto, como también »tienen experiencia de infinitas mentiras de los es- »pañoles y que nunca les han guardado fé que les »prometan ni verdad, hay dichos de Indios dignos »de considerar. Preguntando españoles á indios, y »no una vez acaesció, sino mas, si eran chripstia- »nos, respondió el indio: Si, señor: yo ya soy po- »quito chripstiano (dixo él), porque ya saber yo »un poquito mentir: otro día saber yo mucho »mentir y será yo mucho chripstiano». Esto, sobre ser altamente ofensivo y contrario al carácter nacional, pone solamente de manifiesto el punto á que conduce la exageración de una idea, aun siendo tan plausible como la que invocaba las Casas (cap. 144). La pluma se resiste á descubrir hasta el extremo que

llega el Obispo en este género de disculpas: veamos, no obstante, como al rechazar las declaraciones hechas por Oviedo, respecto á las preocupaciones y vicios de los indios, deja caer sobre los españoles la injuriosa sospecha de que tuviesen participación en ellos: «Si le decían (los que en virtud de cédu- »la real daban relaciones al Alcaide) que eran (los »indios) idólatras y sacrificaban diez hombres, »añidía que eran diez mil, é imponiéndoles abomi- »nables vicios que ellos (los que informaban á Ovie- »do) no podían saber sino siendo participantes ó »cómplices en ellos, etc.» (cap. 141). El Obispo olvidó que existían mil medios, mas honestos por cierto, para averiguar tan reprensibles torpezas, sin que hubiese nunca necesidad de acudir á semejantes argumentos.

<sup>36</sup> *Hist. Gen. y Nat. de Ind.*, I.<sup>a</sup> Parte, lib. XIX, cap. 5, ed. de Sevilla.

to Domingo, que escribía á la sazón la segunda parte de su historia, fué invitado por el obispo don Rodrigo de Bastidas, á solicitud del ya electo de Chiapa, para que modificase la relación que había hecho de lo ocurrido á este en Cumaná con sus *pardos milites*; pero desdenando Oviedo dar satisfacción semejante, manifestó al obispo Bastidas que debía don fray Bartolomé sacar á luz su historia, pues que estaban en parte donde se podría fácilmente probar la verdad de todo <sup>37</sup>. El Obispo las Casas no solamente esquivó el salir á la liza que Oviedo le ofrecía, sino que habiendo fallecido nueve años despues que el Alcaide, en cuyo tiempo hubo de escribir el libro III de su historia, dispuso que no se diese esta á la estampa sino mucho tiempo despues de su muerte.

No era por tanto el único motivo que agitaba contra Oviedo la pluma de las Casas el celo evangélico que le impulsaba á solicitar la libertad de los indios, aun á costa de lanzar la esclavitud contra los negros del África, tan dignos por cierto de excitar la caridad cristiana como los moradores de América <sup>38</sup>. Ni podía tampoco ser esta la causa de su destemplada agrura, cuando el Veedor de las fundiciones del oro, si no acudía como religioso á la enseñanza y doctrina de los indios, se había empeñado, como cristiano, en su defensa hasta el punto que llevamos en otro lugar referido. Las Casas se dejaba, ya en su vejez, arrastrar del enojo que abrigó desde su juventud contra el primer cronista de las Indias, sin considerar que aquella misma piedad y dulzura que tanto recomendaba á los cristianos, debían moderar su lenguaje para darle la autoridad que ambicionaba. Pero si duras parecen bajo este punto de vista las calificaciones con que designa á Oviedo y su historia, mas notable es todavia el considerar el poco fundamento con que procede: todas las relaciones, todas las cartas, todas las historias que han llegado á nuestra edad del tiempo de la conquista, todos los monumentos pertenecientes á los antiguos americanos que estudia hoy y explica la ciencia arqueológica, dan razón de sus costumbres y preocupaciones, confirmando de una manera irrefragable las observaciones de Oviedo, quien apelaba también al testimonio de los monumentos para apoyar su relación, buscando en la historia de la gentilidad disculpa á tan lastimosos errores <sup>39</sup>. Por qué, pues, tanta destemplanza en perso-

<sup>37</sup> *Ib.*, II.<sup>a</sup> Parte, lib. XIV, cap. 54.

<sup>38</sup> Hé aquí el lamentable fruto de la exageración de un sentimiento altamente noble y generoso. Las Casas, para quien la servidumbre de los indios era un crimen, no reparaba en que los negros de África eran tan hombres como los americanos, y pedía para ellos la esclavitud, como único medio de salvar á sus protegidos. Tan familiar llegó á ser en él esta idea, que la hizo triunfar al cabo, no contentándose con admitir la esclavitud de los negros, sino reconociendo también la de los sarracenos aprisionados en las guerras. Hablando de los indios que tenía Oviedo encomendados en la Tierra-Firme, dice: «Aquellos esclavos no eran cierto los que heredó de sus padres, ni los prendió en la batalla de »los moros de Berbería, ni eran negros, porque »entonces ningún negro traer á estas Indias se per-

»mitía» (cap. 141). Por manera que el Obispo de Chiapa, que se apoyaba en el Evangelio para impetrar y defender la libertad de los indios, daba por bien empleada la esclavitud en otros hombres, como si el Salvador del mundo no hubiese expirado en la cruz por todas sus criaturas.

<sup>39</sup> Para prueba de las irrefragables que Oviedo tenía de los vicios *contra natura* de los indios, bastará citar aquí lo que él mismo refiere acerca de los abominables simulacros de aquel nefando acto que traían pendientes del cuello, así hombres como mugeres: «Yo ví uno de estos joyeles del diablo, »que pesaba veynte pesos de oro, hueco, vaciado »né bien labrado, que se ovo en el puerto de Sancta Marta en la costa de Tierra-Firme año de mill »né quinientos é catorçe, quando allí tocó el armada »quel Rey Cathólico envió con Pedrarias Dávila, su